

MONTEMAYOR, JORGE (1520 – 1561)

EL ABENCERRAJE
Según la versión de “La Diana”

Y acabando de cenar, la sabia Felicia rogó a Felismena que contasse alguna cosa, ora fuesse historia o algún acaescimiento que en la provincia de Vandalia huviessse sucedido, lo cual Felismena hizo, y con muy gentil gracia començó a contar lo presente:

En tiempo del valeroso infante don Fernando, que después fue rey de Aragón, hubo un caballero en España llamado Rodrigo de Narváez, cuya virtud y esfuerço fue tan grande que ansí en la guerra como en la paz alcanzó nombre muy principal entre todos los de su tiempo. Y señaladamente se mostró cuando el dicho señor infante ganó de poder de los moros la ciudad de Antequera, dando a entender, en muchas empresas y hechos de armas que en esta guerra sucedieron, un ánimo muy entero, un corazón invencible y una liberalidad, mediante la cual el buen capitán no sólo es estimado de su gente, mas aún la agena haze suya. A cuya causa mereció que, después de ganada aquella tierra, en recompensa (aunque desigual a sus excelentes hechos) se le dio la alcaidía y defensa de ella. Y junto a estos, se le dio también la de Alora, adonde estuvo lo más del tiempo, con cincuenta hidalgos escogidos a sueldo del rey, para defensa y seguridad de la fuerça. Los cuales con el buen gobierno de su capitán emprendían muy valerosas empresas en defensión de la fe cristiana, saliendo con mucha honra de ellas y perpetuando su fama con los señalados hechos que en ellas hazían.

Pues como sus ánimos fuessen tan enemigos de la ociosidad, y el exercicio de las armas fuesse tan acepto al corazón del valeroso alcaide, una noche del verano, cuya claridad y frescura de un blando viento combidava a no dexar de gozalla, el alcaide con nueve de sus cavalleros, por que los demás quedassen en guarda de la fuerça, armados a punto de guerra, se salieron de Alora por ver si los moros, sus fronteros, se descuidavan y, confiados en ser de noche, passavan por algún camino de los que cerca de la villa estaban. Pues yendo los nueve cavalleros y su capitán valeroso con todo el secreto possible y con muy gran cuidado de no ser sentidos, llegaron adonde el camino por do ivan se repartía en dos. Y después de tener su consejo, acordaron de repartirse cinco por cada uno, con tal orden que si los unos se viessen en algún aprieto, tocando una corneta serían socorridos de los otros.

Y de esta manera el alcaide y los cuatro de ellos echaron a la una mano, y los otros cinco, a la otra; los cuales yendo por el camino hablando en diversas cosas y desseando cada uno de ellos hallar en que emplear su persona y señalarse, como cada día acostumbravan hazer, oyeron no muy lexos de sí una boz de hombre que suavíssimamente cantava, y de cuando en cuando dava un suspiro que del alma le salía, en el cual dava muy bien a entender que alguna pasión enamorada le ocupava el pensamiento. Los cavalleros, que esto oyeron, se meten entre un arboleda que cerca del camino havía. Y como la luna

fuesse tan clara que de día no lo era más, vieron venir por el camino donde ellos iban un moro tan gentil hombre y bien tallado que su persona dava bien a entender que devía ser de gran linaje y esfuerço; venía en un gran cavallo rucio rodado; vestía una marlota y albornoz de damasco carmesí, con rapacejos de oro; y las labores de él, cercadas de cordoncillo de plata. Traía en la cinta un hermoso alfanje con muchas borlas de seda y oro; en la cabeça, una toca tunezí de seda y algodón listada de oro y rapacejos de lo mismo, la cual, dándole muchas bueltas por la cabeça, le servía de ornamento y defensa de su persona. Traía una adarga en el braço izquierdo muy grande, y en la derecha mano, una lança de dos hierros. Con tan gentil aire y continente venía el enamorado moro, que no se podía más dessear; y advirtiendo a la canción que dezía, oyeron que el romance de ella, aunque en arábigo la dixesse, era este:

En Cartama me he criado,
nascí en Granada primero,
mas fui de Alora frontero,
y en Coín, enamorado.

Aunque en Granada nascí,
y en Cartama me crié,
en Coín tengo mi fe,
con la libertad que di.

Allí bivo adonde muero,
y estoy do está mi cuidado,
y de Alora soy frontero,
y en Coín, enamorado.

Los cinco cavalleros, que quizá de las passiones enamoradas tenían poca experiencia o, ya que la tuviessen, tenían más ojo al interesse que tan buena presa les prometía que a la enamorada canción del moro, saliendo de la emboscada, dieron con gran ímpetu sobre él. Mas el valiente moro, que en semejantes cosas era experimentado, aunque entonces el amor fuesse señor de sus pensamientos, no dexó de bolver sobre sí con mucho ánimo y con la lança en la mano comienza a escaramuçar con todos los cinco cristianos, a los cuales muy en breve dio a conocer que no era menos valiente que enamorado. Algunos dizen que vinieron a él uno a uno, pero los que han llegado al cabo con la verdad de esta historia no dizen sino que fueron todos juntos, y es razonable cosa de creer que para prendelle irían todos y que, cuando viessen que se defendía, se apartarían los cuatro; comoquiera que sea, él los puso en tanta necessidad que, derribando los tres, los otros dos le cometían con grandísimo ánimo, y no era menester poco según el valiente adversario que tenían, porque, puesto caso que anduviesse herido en un muslo, aunque no de herida peligrosa, no era su esfuerço de manera que aun las heridas mortales le pudiesen espantar, pues haviendo perdido su lança, puso las piernas al cavallo, haziendo muestra de huir; los dos cavalleros lo seguían, y él buelve a passar por entre ellos como un rayo, y en llegando adonde estava uno de los tres que él había derribado, se dexó colgar del cavallo y tomando la lança se bolvió a endereçar con gran ligereza en la silla.

A esta hora, uno de los dos escuderos tocó el cuerno, y él se vino a ellos, y los traía de manera que si a aquella hora el valeroso alcaide no llegara, llevaran el camino de los tres compañeros que en el campo estaban tendidos; pues como el alcaide llegó, y vido cuán valerosamente el moro se combatía, túvolo en mucho y desseó en extremo probarse con él, y muy cortésmente le dixo:

–Por cierto, cavallero, no es vuestra valentía y esfuerço de manera que no se gane mucha honra en vencers, y si esta, la Fortuna me otorgasse, no ternía más que pedille; más, aunque sé al peligro que me pongo con quien tan bien se sabe defender, no dexaré de hazello, pues que ya en el acometello no puede dexar de ganarse mucho.

Y diziendo esto, hizo apartar los suyos, poniéndose el vencido por premio del vencedor. Apartados que fueron, la escaramuça entre los dos valientes cavalleros se començó; el valeroso Narváez desseava la victoria, porque la valentía del moro le acrescentava la gloria que con ella esperava; el esforçado moro no menos que el alcaide la desseava, y no con otro fin, sino de conseguir el de su esperança; y así andavan los dos tan ligeros en el herirse y tan osados en acometerse, que si el cansancio passado y la herida que el moro tenía no se lo estorbara, con dificultad huviera el alcaide victoria de aquel hecho; mas esto, y el no poder ya menearse su cavallo, muy claramente se la prometían, y no porque al moro se conociesse punto de covardía, mas como vio que en sola esta batalla le iva la vida, la cual él trocara por el contentamiento que la Fortuna entonces le negava, se esforçó quanto pudo y, poniéndose sobre los estrivos, dio al alcaide una gran lançada por encima del adarga. El cual, recebido aquel golpe, le respondió con otro en el braço derecho, y atreviéndose en sus fuerças si a braços viniessen, arremetió con él, y con tanta fuerça le abraçó que, sacándolo de la silla, dio con él en tierra diziendo:

–Cavallero, date por mi vencido, si más no estimas serlo que la vida en mis manos tienes.

–Matarme –respondió el moro– está en tu mano como dizes, pero no me hará tanto mal la Fortuna que pueda ser vencido, sino de quien mucho ha que me he dexado vencer; y este solo contento me queda de la prisión a que mi desdicha me ha traído.

No miró el alcaide tanto en las palabras del moro que por entonces le preguntasse a qué fin las dezía, mas usando de aquella clemencia que el vencedor valeroso suele usar con el desamparado de la Fortuna, lo ayudó a levantar, y él mismo le apretó las llagas, las cuales no eran tan grandes que le estorvassen a subir en su cavallo. Y así todos juntos con la presa tomaron el camino de Alora.

El alcaide llevaba siempre en el moro puestos los ojos, paresciéndole de gentil talle y disposición; acordávasele de lo que le havía visto hazer; parecíale demasiada tristeza la que llevaba para un ánimo tan grande. Y porque también se juntavan a esto algunos sospiros que davan a entender más pena de la que se podía pensar que cupiera en hombre tan valiente, y queriéndose informar mejor de la causa de esto, le dixo:

–Cavallero, mira que el prisionero que en la prisión pierde el ánimo aventura el derecho de la libertad. Y que en las cosas de la guerra se han de recibir las adversas con tan buen rostro, que se merezca por esta grandeza de ánimo gozar de las prósperas; y no me

parece que estos suspiros corresponden al valor y esfuerzo que tu persona ha mostrado, ni las heridas son tan grandes que se aventure la vida, la cual no has mostrado tener en tanto que por la honra no dexasses [de] olvidalla. Pues si otra ocasión te da tristeza, dímela, que por la fe de cavallero te juro que use contigo de tanta amistad que jamás te puedas quejar de havérmelo dicho.

El moro, oyendo las palabras del alcaide, las cuales arguían un ánimo grande y magnánimo, y la oferta que le avía hecho de ayudallo, parecióle discreción muy grande no encubrielle la causa de su mal, pues sus palabras le davan tan grande esperanza de remedio; y alçando el rostro, que con el peso de la tristeza lo llevaba inclinado, le dixo:

—¿Cómo te llamas, cavallero, que tanto esfuerzo me pones y tanto sentimiento muestras tener de mi mal?

—Esto no te negaré yo —dixo el alcaide—. A mí me llaman Rodrigo de Narváez; soy alcaide de Alora y Antequera; tengo aquellas dos fuerças por el rey de Castilla, mi señor.

Cuando el moro le oyó esto, con un semblante algo más alegre que hasta allí le dixo:

—En extremo me huelgo que mi mala Fortuna traya un descuento tan bueno como es haverme puesto en tus manos, de cuyo esfuerzo y virtud muchos días ha que soy informado, y aunque más cara me costasse la experiencia, no me puedo agraviar, pues como digo, me desagravia verme en poder de una persona tan principal; y porque ser vencido de ti me obliga a tenerme en mucho (y que de mí no se entienda flaqueza si en tan gran ocasión, que no sea en mi mano dexar de tenella), suplicote, por quien eres, que mandes apartar tus cavalleros para que entiendas que no el dolor de las heridas, ni la pena de verme tu preso, es causa de mi tristeza.

El alcaide, oyendo estas razones al moro, túvolo en mucho; y porque en extremo deseaba informarse de su sospecha, mandó a sus cavalleros que fuessen algo delante y, quedando solos los dos, el moro, sacando del alma un profundo suspiro, dixo de esta manera:

—Valeroso alcaide, si la experiencia de tu gran virtud no me la huviesse el tiempo puesto delante los ojos, muy escusadas serían las palabras que tu voluntad me fuerça a dezir, ni la cuenta que te pienso dar de una vida que cada hora es cercada de mil desasosiegos y sospechas, la menor de las cuales te paresçerá peor que mil muertes. Mas como de una parte me asegure lo que digo, y de la otra, que eres cavallero y que o havrás oído o havrá pasado por ti semejante pasión que la mía, quiero que sepas que a mí me llaman Abindarráez el moço, a diferencia de un tío mío, hermano de mi padre, que tiene el mismo apellido. Soy de los Abencerrages de Granada, en cuya desventura aprendí a ser desdichado. Y porque sepas cuál fue la suya, y de ahí vengas a entender lo que se puede esperar de la mía, sabrás que hubo en Granada un linaje de cavalleros llamados Abencerrajes; sus hechos y sus personas, así en esfuerzo para la guerra, como en prudencia para la paz y gobierno de nuestra república, eran el espejo de aquel reino. Los viejos eran del consejo del rey; los moços exercitavan sus personas en actos de cavallería, sirviendo a las damas y mostrando en sí la gentileza y valor de sus personas. Eran muy

amados de la gente popular, y no mal quistos entre la principal, aunque en todas las buenas partes que un cavallero deve tener, se aventajassen a todos los otros; eran muy estimados del rey. Nunca cometieron cosa en la guerra ni en el consejo, que la experiencia no correspondiesse a lo que de ellos se esperaba. En tanto grado era loado su valentía, liberalidad y gentileza, que se traía por exemplo no haver Abencerraje covarde, escasso, ni de mala disposición. Eran maestros de los trajes, de las invenciones. La cortesía y servicio de las damas andava en ellos en su verdadero punto; nunca Abencerraje sirvió dama de quien no fuesse favorecido, ni dama se tuvo por digna de este nombre que [no] tuviesse Abencerraje por servidor. Pues estando ellos en esta prosperidad y honra, y en la reputación que se puede dessear, vino la Fortuna, embidiosa del descanso y contentamiento de los hombres, a derriballos de aquel estado en el más triste y desdichado que se puede imaginar, cuyo principio fue haver el rey hecho cierto agravio a dos Abencerrajes, por donde les levantaron que ellos, con otros diez cavalleros de su linaje, se havían conjurado de matar al rey y dividir el reino entre sí, por vengarse de la injuria allí recebida. Esta conjuración, ahora fuesse verdadera o que ya fuesse falsa, fue descubierta antes que se pusiesse en execución, y fueron presos y cortadas las cabeças a todos antes que viniessse a noticia del pueblo, el cual sin duda se alçara, no consintiendo en esta justicia. Llevándolos, pues, ajusticiar, era cosa estrañíssima ver los llantos de los unos, las endechas de los otros, que de compassión de estos cavalleros por toda la ciudad se hazían. Todos corrían al rey; comprávanle la misericordia con grandes sumas de oro y de plata, mas su riguridad fue tanta que no dio lugar a la clemencia. Y como esto el pueblo vio, los començó a llorar de nuevo: lloravan los cavalleros con quien solían acompañarse, lloravan las damas a quien servían; llorava toda la ciudad la honra y autoridad que tales ciudadanos le davan; las bozes y alaridos eran tantos que parecían hundirse. El rey, que a todas estas lágrimas y sentimiento cerrava los oídos, mandó que se executasse la sentencia, y de todo aquel linage no quedó hombre que no fuesse degollado aquel día, salvo mi padre y un tío mío, los cuales se halló que no havían sido en esta conjuración. Resultó más de este miserable caso: derriballes las casas, apregonallos el rey por traidores, confíscalles sus heredades y tierras, y que ningún Abencerraje más pudiesse bivar en Granada, salvo mi padre y mi tío, con condición que si tuviessem hijos, a los varones embiassen luego en nasciendo a criar fuera de la ciudad, para que nunca bolviessen a ella; y que si fuessen hembras, que, siendo de edad, las casassen fuera del reino.

Cuando el alcaide oyó el estraño cuento de Abindarráez y las palabras con que se quexava de su desdicha, no pudo tener las lágrimas que con ellas no mostrasse el sentimiento que de tan desastrado caso devía sentirse; y bolviéndose al moro, le dixo:

—Por cierto, Abindarráez, tú tienes grandíssima ocasión de sentir la gran caída de tu linaje, del cual yo no puedo creer que se pusiesse en hazer tan grande traición; y cuando otra prueba no tuviesse sino proceder de allá un hombre tan señalado como tú, bastaría para yo creer que no podría caber en ellos maldad.

—Esta opinión que tienes de mí —respondió el moro— Alá te la pague, y él es testigo que la que generalmente se tiene de la bondad de mis passados es essa misma. Pues como yo nasciesse al mundo con la misma ventura de los míos, me embiaron, por no quebrar el

edicto del rey, a criar a una fortaleza que fue de cristianos, llamada Cartama, encomendándome al alcaide de ella, con quien mi padre tenía antigua amistad, hombre de gran calidad en el reino y de grandísima verdad y riqueza. Y la mayor que tenía era una hija, la cual es el mayor bien que yo en esta vida tengo; y Alá me le quite si yo en algún tiempo tuviere sin ella otra cosa que me dé contento. Con esta me crié desde niño (porque también ella lo era) debaxo de un engaño, el cual era pensar que éramos ambos hermanos, porque como tales nos tratávamos y por tales nos teníamos, y su padre como a sus hijos nos criava. El amor que yo tenía a la hermosa Xarifa, que assí se llama esta señora que lo es de mi libertad, no sería muy grande si yo supiesse dezillo; basta haverme traído a tiempo que mil vidas diera por gozar de su vista solo un momento. Iva creciendo la edad, pero mucho más crecía el amor, y tanto, que ya parecía de otro metal que no de parentesco. Acuérdome que un día, estando Xarifa en la huerta de los jazmines componiendo su hermosa cabeça, miréla espantado de su gran hermosura. No sé cómo me pesó de que fuesse mi hermana; y no aguardando más, fuime a ella, y con los braços abiertos, ansí como me vio, me salió a receber y, sentándome en la fuente junto a ella, me dixo: «Hermano, ¿cómo me dexaste tanto tiempo sola?» Yo le respondí: «Señora mía, gran rato a que os busco, y nunca hallé quien me dicesse dó estávades hasta que mi coraçón me lo dixo. Mas dezíme agora, ¿qué certenidad tenéis vos de que somos hermanos?» «Yo no otra», dixo ella, «más del gran amor que os tengo, y ver que hermanos nos llaman todos y que mi padre nos trata a los dos como a hijos.» «Y si no fuéramos hermanos», dixe yo, «¿quisiéradesme tanto?» «¿No veis», dixo ella, «que a no lo ser, no nos dexarían andar siempre juntos y solos, como nos dexan?» «Pues si esse bien nos havían de quitar», dixe yo, «más vale el que me tengo.» Entonces encendiósele el hermoso rostro [y] me dixo: «¿Qué pierdes tú en que seamos hermanos?» «Pierdo a mí y a vos», dixe yo. «No te entiendo», dixo ella, «mas a mí paréceme que ser hermanos nos obliga a amarnos naturalmente.» «A mí», dixe yo, «sola vuestra hermosura me obliga, [que] esta hermandad antes me refría algunas vezes». Y con esto, abaxando mis ojos de empacho de lo que dixe, vira en las aguas de la fuente tan al propio como ella era, de suerte que a doquiera que bolví la cabeça, hallava su imagen y trasunto; y la más verdadera, trasladada en mis entrañas. Dezía yo entonces entre mí: «Si me ahogasse ahora en esta fuente a do veo a mi señora, ¡cuánto más desculpado moriría yo que Narciso! Y si ella me amasse como yo la amo, ¡qué dichoso sería yo! Y si la Fortuna [nos] permitiesse bivar siempre juntos, ¡qué sabrosa vida sería la mía!» Estas palabras dezía yo a mí mismo, y pesárame que otro me las oyera. Y diziendo esto levantéme y, bolviendo las manos a unos jazmines de que aquella fuente estava rodeada, mezclándolas con aray[a]nes, hize una hermosa guirnalda y, poniéndomela sobre mi cabeça, me bolví coronado y vencido. Entonces ella puso los ojos en mí más dulcemente al parescer, y quitándome la guirnalda la puso sobre su cabeça, pareciendo en aquel punto más hermosa que Venus; y bolviendo el rostro hazia mí, me dixo: «¿Qué te parece ahora de mí, Abindarráz?» Yo le dixe: «Paréceme que acabáis de vencer a todo el mundo y que os coronan por reina y señora de él.» Levantándose, me tomó por la mano diziéndome: «Si esso fuera, hermano, no perdiérades vos nada.» Yo, sin la responder, la seguí hasta que salimos de la huerta. De ahí algunos días, ya que al crudo amor le pareció que tardava mucho en darme el desengaño de que havía de ser de mí, y el tiempo, queriendo descubrir la celada, venimos a saber que el parentesco entre nosotros era ninguno, y assí quedó el afición en su verdadero punto. Todo mi contentamiento estava en ella; mi alma,

tan cortada a medida de la suya, que todo lo que en su rostro no había me parecía feo, escusado y sin provecho en el mundo. Ya en este tiempo nuestros passatiempos eran muy diferentes de los passados; ya la mirava con recelo de ser sentido; ya tenía embidia y celo del sol que le tocava y, aunque me mirasse con el mismo contento que hasta allí me había mirado, a mí no me lo parecía, porque la desconfianza propia es la cosa más cierta en un corazón enamorado. Sucedió que, estando ella un día junto a la clara fuente de los jazmines, yo llegué y, comenzando a hablar con ella, no me pareció que su habla y continentes se conformava con lo pasado; rogóme que cantasse porque era una cosa que ella muchas vezes holgava de oír; y estava yo aquella hora tan desconfiado de mí, que no creí que me mandava cantar porque holgasse de oírme, sino por entretenerme en aquello, de manera que me faltasse el tiempo para dezille mi mal. Yo, que no estudiava en otra cosa sino en hazer lo que mi señora Xarifa mandava, comencé en lengua arábiga a cantar esta canción, en la cual le di a entender toda la crueldad que de ella sospechava:

Si hebras de oro son vuestros cabellos,
a cuya sombra están los claros ojos,
dos soles, cuyo cielo es vuestra frente,
faltó rubí para hazer la boca,
faltó el cristal para el hermoso cuello,
faltó diamante para el blanco pecho.

Bien es el corazón cual es el pecho,
pues flecha del metal de los cabellos
jamás os haze que bolváis el cuello,
ni que me deis contento con los ojos;
pues esperad un «sí» de aquella boca
de quien miró jamás con leda frente.

¿Hay más hermosa y desabrida frente?
¿Habrà tan duro y tan hermoso pecho?
¿Hay tan divina y tan airada boca?
¿Tan ricos y avarientos, hay, cabellos?
¿Quién vio crueles tan serenos ojos,
y tan sin movimiento el dulce cuello?

El crudo amor me tiene el lazo al cuello,
mudada y sin color la triste frente,
muy cerca de cerrarse están mis ojos,
el corazón se muere acá en el pecho,
medroso y erizado está el cabello,
y nunca oyó palabra de essa boca.

¡Oh más hermosa y más perfecta boca
que yo sabré dezir, oh liso cuello,
oh rayos de aquel sol, que no cabellos,
oh cristalina cara, oh [bella] frente

oh blanco, igual y diamantino pecho!,
¿cuándo he de ver clemencia en esos ojos?

Ya siento el «no» en el volver los ojos,
oíd «sí» afirma, pues, la dulce boca;
mirá si está en su ser el duro pecho,
y cómo acá y allá menean el cuello;
sentid el ceño en la hermosa frente;
pues ¿qué podré esperar de los cabellos?

Si saben dezir «no» el cuello y pecho,
si niegan ya la frente y los cabellos,
los ojos ¿qué harán, y hermosa boca?

Pudieron tanto estas palabras que, siendo ayudadas del amor de aquella a quien se dezían, yo vi derramar unas lágrimas que me enternescieron el alma, de manera que no sabré dezir si fue mayor el contento de ver tan verdadero testimonio del amor de mi señora o la pena que recibí de la ocasión de derramallas. Llamándome me hizo sentar junto a sí, y me comenzó a hablar de esta manera: «Abindarráez, si el amor a que estoy obligada, después que me satisfize de tu pensamiento, es pequeño, o de manera que no se puede acabar sino con la vida, yo espero que antes que deseemos solo el lugar donde estamos, mis palabras te lo den a entender. No te quiero poner culpa de lo que las desconfianças te hazen sentir, porque sé que es tan cierta cosa tenellas que no hay en amor cosa que más lo sea. Mas, para remedio de esto y de la tristeza que yo ternía en verme en algún tiempo apartada de ti, de hoy más te puedes tener por tan señor de mi libertad, como lo serás, no queriendo rehusar el vínculo de matrimonio, el cual ante todas cosas pide mi honestidad y el grande amor que te tengo. Yo, que estas palabras oí haziéndomelas esperar amor muy de otra manera, fue tanta mi alegría que sino fue hincar los hinojos en tierra besándoles sus hermosas manos, no supe hazer otra cosa. Debaxo de esta palabra bivi algunos días con mayor contentamiento de que yo ahora sabré dezir. Quiso la ventura, embidiosa de nuestra alegre vida, quitarnos este dulce y sabroso contentamiento, y fue de esta manera: que el rey de Granada, por mejorar en cargo el alcaide de Cartama, embióle a mandar que luego dexasse la fortaleza y se fuesse a Coín, que es aquel lugar frontero del vuestro, y me dexasse a mí en Cartama en poder del alcaide que allí viniesse. Sabida esta tan desastrada nueva por mi señora y por mí, juzgad vos, si en algún tiempo fuestes enamorado, lo que los dos podríamos sentir. Juntámonos en un lugar secreto a llorar nuestra pérdida y apartamiento. Yo la llamava: «Señora mía, alma mía, mi bien solo», y otros diversos nombres que el amor me mostrava. Dezíale llorando: «Apartándose vuestra hermosura de mí, ¿tendréis alguna vez memoria de este vuestro captivo?» Aquí las lágrimas y suspiros atajavan las palabras. Y yo, esforçándome para dezir más, dezía algunas razones turbadas de que no me acuerdo, porque mi señora llevó mi memoria tras sí. Pues ¿quién podrá dezir lo que mi señora sentía de este apartamiento, y lo que a mí me hazía sentir las lágrimas que por esta causa derramava? Palabras me dixo ella entonces que la menor de ellas bastava para dar en que entender al sentimiento toda la vida; y no te las quiero dezir, valeroso alcaide, porque si tu pecho no ha sido tocado de amor, te parescerán impossibles; y si lo ha sido, veríades que quien las oyesse no podría quedar

con la vida. Baste que el fin de ellas fue dezirme que, en haviendo ocasión o por enfermedad de su padre o ausencia, ella me embiaría a llamar para que huviesse efecto lo que entre nos dos fue concertado. Con esta promessa mi corazón se assossegó algo, y beséle las manos por la merced que me prometía. Ellos se partieron luego otro día; yo me quedé como quien camina por unas ásperas y fragosas montañas y, passándosele el sol, queda en muy oscuras tinieblas. Comencé a sentir su ausencia ásperamente, buscando todos los falsos remedios contra ella. Mirava las ventanas donde se solía poner, la cámara en que dormía, el jardín donde reposava y tenía la siesta, las aguas donde se bañava. Andava todas sus estancias y en todas ellas hallava una cierta representación de mis fatigas. Verdad es que la esperança que me dio de llamarme me sostenía, y con ella engañava parte de mis trabajos; y aunque algunas vezes de ver tanto dilatar mi desseo me causava más pena, y holgara de que me dexaran del todo desesperado, porque la desesperación fatiga hasta que se tiene por cierta, mas la esperança hasta que se cumple el desseo. Quiso mi buena suerte que hoy por la mañana mi señora me cumplió su palabra embiándome a llamar con una criada suya, de quien como de sí fiava, porque su padre era partido para Granada, ha llamado del rey, para dar buelta luego. Yo, resuscitado con esta improvisa y dichosa nueva, apercebíme luego para caminar; y dexando venir la noche por salir más secreto y cubierto, púseme en el hábito que me encontraste, el más gallardo que pude, por mejor mostrar a mi señora la ufanía y alegría de mi corazón. Por cierto no creyera yo que bastaran dos cavalleros juntos a tenerme campo, porque traía a mi señora conmigo; y si tú me venciste, no fue por esfuerço, que no fue possible, sino que mi suerte tan corta o la determinación del cielo quiso atajarme tan supremo bien. Pues considera agora en el fin de mis palabras el bien que perdí y el mal que posseo. Yo iva de Cartama a Coín, breve jornada, aunque el desseo la alargava mucho, el más ufano Abencerraje que nunca se vio; iva a llamado de mi señora, a ver a mi señora, a gozar de mi señora y a casarme con mi señora. Véome agora herido, captivo y en poder de aquel que no sé lo qué hará de mí; y lo que más siento es que el término y coyuntura de mi bien se acabó esta noche. Déxame, pues, cristiano, consolar entre mis suspiros; déxame desahogar mi lastimado pecho regando mis ojos con lágrimas, y no juzgues esto a flaqueza, que fuera harto mayor tener ánimo para poder sufrir, sin hazer lo que hago, en tan desastrado y riguroso trance.

Al alma le llegaron al valeroso Narváez las palabras del moro, y no poco espanto recibió del estraño suceso de sus amores; y paresciéndole que para su negocio ninguna cosa podía dañar más que la dilación, le dixo:

—Abindarráez, quiero que veas que puede más mi virtud que tu mala Fortuna. Y si me prometes de bolver a mi prisión dentro de tercero día, yo te daré libertad para que sigas tu comenzado camino, porque me pesaría atajarte tan buena empresa.

El Abencerraje, que aquesto oyó, quiso echarse a sus pies y díxole:

—Alcaide de Alora, si vos hazéis esso, a mí daréis la vida, y vos havréis hecho la mayor gentileza de corazón que nunca nadie hizo. De mí tomad la seguridad que quisiéredes por lo que me pedís, que yo cumpliré con vos lo que assentare.

Entonces Rodrigo de Narváez llamó a sus compañeros y díxoles:

–Señores, fiad de mí este prisionero, que yo salgo por fiador de su rescate.

Ellos dixeron que ordenasse a su voluntad de todo, que de lo que él hiziesse, serían muy contentos; luego el alcaide, tomando la mano derecha a[1] Abencerraje, le dixo:

–¿Vos prometéis como cavallero de venir a mi castillo de Alora a ser mi prisionero dentro de tercero día?

Él le dixo:

–Sí prometo.

–Pues id con la buena ventura; y si para vuestro camino tenéis necesidad de mi persona o de otra cosa alguna, también se hará.

El moro se lo agradesció mucho y tomó un cavallo que el alcaide le dio, porque el suyo quedó de la refriega passada herido y ya iba muy cansado y fatigado de la mucha sangre que con el camino le salía. Y, buelta la rienda, se fue camino de Coín a mucha priessa. Rodrigo de Narváez y sus compañeros se bolvieron a Alora, hablando en la valentía y buenas maneras de Abencerraje.

No tardó mucho el moro, según la prissa que él llevaba, en llegar a la fortaleza de Coín, donde, yéndose derecho como le era mandado, la rodeó toda, hasta que halló una puerta falsa que en ella había; y con toda su prissa y gana de entrar por ella, se detuvo un poco allí hasta reconocer todo el campo por ver si había de que guardarse. Y ya que vio todo sossegado, tocó con el cuento de la langa a la puerta, porque aquella era la señal que le había dado la dueña que le fue a llamar. Luego ella misma le abrió y le dixo:

–Señor mío, vuestra tardança nos ha puesto en gran sobresalto. Mi señora ha gran rato que osespera; apeaos y subiros h[e] donde ella está.

El se apeó de su cavallo y le puso en un lugar secreto que allí halló. Y arrimando la lança a una pared con su adarga y cimitarra, llevándole la dueña por la mano lo más passo que pudieron por no ser conocidos de la gente del castillo, se subieron por una escalera hasta el aposento de la hermosa Xarifa. Ella, que había sentido ya su venida, con la mayor alegría del mundo lo salió a recibir. Y ambos con mucho regozijo y sobresalto se abraçaron sin hablar[se] palabra del sobrado contentamiento, hasta que ya tornaron en sí. Y ella le dixo:

–¿En qué os havéis detenido, señor mío, tanto? Que vuestra mucha tardança me ha puesto en grande fatiga y confusión.

–Señora mía –dixo él–, vos sabéis bien que por mi negligencia no havrá sido, mas no siempre suceden las cosas como hombre dessea; assí que si me he tardado, bien podéis creer que no ha sido más en mi mano.

Ella, atajándole su plática, le tomó por la mano. Y metiéndole en un rico aposento, se sentaron sobre una cama que en él havía, y le dixo:

–He querido, Abindarráez, que veáis en qué manera cumplen las captivas de amor sus palabras, porque desde el día que vos la di por prenda de mi corazón, he buscado aparejos para quitárosla. Yo os mandé venir a este castillo para que seáis mi prisionero como yo lo soy vuestra; heos traído aquí para hazeros señor de mí y de la hazienda de mi padre, debaxo de nombre de esposo, que de otra manera ni mi estado ni vuestra lealtad consentiría; bien sé yo que esto será contra la voluntad de mi padre, que, como no tiene conocimiento de vuestro valor tanto como yo, quisiera darme marido más rico, mas yo vuestra persona y el conocimiento que tendréis con ella, tengo por la mayor riqueza del mundo.

Y diziendo esto baxó la cabeça, mostrando un cierto y nuevo empacho de haverse descubierto y declarado tanto. El moro la tomó en sus braços y, besándole muchas vezes las manos por la merced que le hazía, díxole:

–Señora de mi alma, en pago de tanto bien como me ofrescéis no tengo que daros de nuevo, porque todo soy vuestro; sólo os doy esta prenda en señal que os recibo por mi señora y esposa; y con esto podéis perder el empacho y vergüença que cobrastes cuando vos me recibistes a mí.

Ella hizo lo mesmo. Y con esto se acostaron en su cama, donde con la nueva experiencia encendieron el fuego de sus corazones. En aquella empresa passaron muy amorosas palabras y obras, que son más para contemplación que no para escriptura.

Al moro, estando en tan gran alegría, súbitamente le vino en muy profundo pensamiento y, dexando llevarse de él, paróse muy triste, tanto que la hermosa Xarifa lo sentió, y de ver tan súbita novedad, quedó muy turbada; y estando atenta, sintióle dar un muy profundo y aquejado suspiro, rebolviendo el cuerpo a todas partes. No pudiendo la dama sufrir tan grande ofensa de su hermosura y lealtad, pareciendo que en aquello se ofendía grandemente, levantándose un poco sobre la cama, con voz alegre y sossegada, aunque algo turbada, le dixo:

–¿Qué es esto, Abindarráez? Parece que te has entristecido con mi alegría; yo te oyo sospirar y dar solloços rebolviendo el corazón y cuerpo a muchas partes. Pues si yo soy todo tu bien y contentamiento, ¿cómo no me has dicho por quién sospiras? Y si no lo soy, ¿por qué me engañaste? Si has hallado en mi persona alguna falta de menos gusto que imaginavas, pon los ojos en mi voluntad que basta para encubrir muchas; si sirves otra dama, dime quién es para que yo la sirva; y si tienes otra fatiga de que yo no soy ofendida, dímelas, que o yo moriré o te sacaré de ella.

Y travando de él con un gran ímpetu y fuerza de amor, le bolvió. Él, entonces confuso y avergonzado de lo que había hecho, paresciéndole que no declararse sería darle ocasión de gran sospecha, con un apasionado suspiro le dixo:

–Esperança, si yo no os quisiera más que a mí, no hubiera hecho semejante sentimiento; porque el pesar que conmigo traía, sufriera con buen ánimo cuando iba por mí solo, mas ahora que me obliga a apartarme de vos, no tengo fuerças para sufrillo. Y porque no estéis más suspensa sin haver por qué, quiero deziros lo que passa.

Y luego le contó todo su hecho, sin que le faltasse nada, y en fin de sus razones le dixo con hartas lágrimas:

–De suerte, señora, que vuestro captivo lo es también del alcaide de Alora; yo no siento la pena de la prisión, que vos enseñastes a mi corazón a sufrir, mas bivar sin vos tendría por la misma muerte; y así veréis que mis suspiros se causan más de sobra de lealtad, que de falta de ella.

Y con esto se tornó a poner tan pensativo y triste como antes que començasse a dezirlo. Ella entonces con un semblante alegre le dixo:

No os congoxéis, Abindarráez, que yo tomo a mi cargo el remedio de vuestra fatiga porque esto a mí me toca, cuanto más que pues es verdad que cualquier prisionero que haya dado la palabra de bolver a la prisión, cumplirá con embiar el rescate que se le puede pedir. Poneldo vos mismo el nombre que quisiéredes, que yo tengo las llaves de todos los cofres y riquezas que mi padre tiene, y os las pondré todas en vuestro poder; embiad de todo ello lo que os pareciere. Rodrigo de Narváez es buen cavallero y os dio una vez libertad y le fiastes el presente negocio, por lo cual le obliga ahora a usar de mayor virtud; yo creo se contentará con esto, pues teniéndoo en su poder ha de hazer por fuerza lo mismo de rescataros por lo que él pidiere.

El Abencerraje le respondió:

–Bien parece, señora, que el amor que me tenéis no da lugar que me aconsejéis bien. Por cierto no caeré yo en tan gran yerro como este, porque si cuando me venía a verme solo con vos, estaba obligado a cumplir mi palabra, agora que soy vuestro se estiende más la obligación. Yo mismo bolveré a Alora y me pondré e las manos del alcaide de ella; y tras hazer yo lo que devo, haga la Fortuna lo que quisiere.

–Pues nunca Dios quiera –dixo Xarifa– que yendo vos a ser preso, yo quede libre, pues no lo soy; yo quiero acompañaros en esta jornada, que ni el amor que os tengo ni el miedo que he cobrado a mi padre de havelle ofendido, me consentirán hazer otra cosa.

El moro, llorando de contentamiento, la abraçó y le dixo:

–Siempre vais, alma mía, acrescentándome las mercedes; hágase lo que vos queréis, que así lo quiero yo.

Con este acuerdo antes que fuese de día se levantaron, y proveídas algunas cosas al viage necesarias, partieron muy secretamente para Alora. Ya amanecía, y por no ser conocida, llevaba ella el rostro cubierto; con la gran priessa que llevaban llegaron en muy breve tiempo a Alora y, yéndose derechos al castillo, como a la puerta tocaron, fue luego abierta por las guardas, que ya tenían noticia de lo pasado. El valeroso alcaide los recibió con mucha cortesía; y saliendo a la puerta, Abindarráez, tomando a su esposa por la mano, se fue a él y le dixo:

–Mira, Rodrigo de Narváez, si te cumplo bien mi palabra, pues te prometí de bolver un preso y te traigo dos, que uno bastava para vencer muchos. Ves aquí mi señora; juzga si he padescido con justa causa. Recíbenos por tuyos, que yo fío mi persona y su honra de tus manos.

El alcaide holgó mucho y dixo a la dama:

–Señora, yo no sé de vosotros cuál venció al otro, mas yo devo mucho a entrambos. Venid y reposaréis en vuestra casa, y tenelda de aquí adelante por tal, pues lo es su dueño.

Con esto se fueron a su aposento, y de ahí a poco comieron, porque venían cansados. El alcaide preguntó al moro qué tal venía de sus llagas.

–Paresce –dixo él– que con el camino las tengo harto enconadas y con dolor.

La hermosa Xarifa muy alterada de esto dixo:

–¿Qué es esto, señor? ¿Llagas tenéis vos que yo no sepa?

Dixo él:

–Quien escapó de las vuestras en poco tendrá todas las otras; verdad es que de la escaramuça de anoche saqué dos pequeñas heridas, y el trabajo del camino y el no haverme curado me ha hecho algún daño, pero todo es poco.

–Bueno será que os acostéis –dixo el alcaide– y vendrá un çurujano que yo tengo aquí en el castillo y curaros ha.

Luego la hermosa Xarifa le hizo desnudar todavía alterada, pero con harto sossiego y reposo en su rostro por no le dar pena mostrando que la tenía; el çurujano vino y, mirándole las heridas, dixo que, como havían sido en soslayo, no eran peligrosas ni tardarían en sanar mucho; y con cierto remedio que luego le hizo, le mitigó el dolor, y de ahí a quatro días, como le curava con tanto cuidado, estuvo sano.

Acabando un día de comer, [el] Abencerraje dixo al alcaide estas palabras:

–Rodrigo de Narváez, según eres discreto, por la manera de nuestra venida habrás entendido lo demás. Yo tengo esperanza que este negocio, que ahora tan dañado está, se ha de remediar por tus manos: esta es la hermosa Xarifa, de quien te dixes es mi señora y esposa; no quiso quedar en Coín de miedo de su padre, porque, aunque él no sabe lo que ha pasado, todavía se temió que este caso había de ser descubierto. Su padre está ahora con el rey de Granada, y yo sé que el rey te ama por tu esfuerzo y virtud, aunque eres cristiano; suplicote alcances de él que nos perdone por haverse hecho esto sin su licencia y sin que él lo supiese, pues ya la Fortuna lo rodeó y traxo por este camino.

El alcaide les dixo:

–Consolaos, señores, que yo os prometo como hijodalgo de hazer cuanto pudiere sobre este negocio.

Y con esto mandó traer papel y tinta, y determinó de escrevir una carta al rey de Granada, que en verdaderas y pocas palabras le dixesse el caso, la cual dezía assí:

Muy poderoso rey de Granada. El alcaide de Alora, Rodrigo de Narváez, tu servidor, besa tus reales manos; y digo que Abindarráez Abencerraje, que se crió en Cartama habiendo nascido en Granada, estando en poder del alcaide de la dicha fortaleza, se enamoró de la hermosa Xarifa su hija. Después tú, por hazer merced al alcaide, le passaste a Coín. Los enamorados por assegurar se desposaron entre sí. Y llamado el Abencerraje por el ausencia del padre de ella que contigo tienes, fue a su fortaleza; yo le encontré en el camino, y en cierta escaramuça que con él tuve en que se mostró muy valiente, esforçado y animoso, le gané por mi prisionero. Y contándome su caso, apiadado y conmovido de sus ruegos, le hize libre por dos días; él fue y se vio con su esposa, de suerte que en la jornada cobró a su esposa y perdió la libertad. Pues viendo ella que el Abencerraje bolví a mi prisión, quiso venir con él, y assí están ahora los dos en mi poder. Suplicote no te ofenda el nombre de Abencerraje, pues este y su padre fueron sin culpa de la conjuración contra tu real persona hecha, y en testimonio de ello biven ellos agora. A tu alteza humildemente suplico el remedio de estos tristes amantes se reparta entre ti y mí. Yo perdonaré su rescate de él y libremente le soltaré, y manda tú al padre de ella, pues es tu vasallo, que a ella la perdone y a él reciba por hijo. Porque en ello, allende de hazerme a mí singular merced, harás aquello que de tu virtud y grandeza se espera.

Con esta carta despachó uno de sus escuderos, el cual, llegando ante el rey, se la dio; él la tomó y, sabiendo cúa era, holgó mucho, porque a este solo cristiano amava por su valor y persona. Y en leyéndola, bolvió el rostro y vio al alcaide de Coín y, tomándole aparte, le dio la carta diziéndole:

–Lee esta carta.

Y él la leyó y, en ver lo que passava, recibió gran alteración. El rey dixo:

–No te congoxes, aunque tengas causa, que ninguna cosa me pedirá el alcaide de Alora que, pudiéndola hazer, no la haga. Y assí te mando vayas sin dilación a Alora y perdones

a tus hijos y los llesves luego a tu casa, que en pago de este servicio yo te haré siempre mercedes.

El moro lo sintió en el alma, mas viendo que no podía passar del mandado de su rey, bolviendo de buen continente y sacando fuerças de flaqueza como mejor pudo, dixo que assí lo haría. Partióse lo más presto que pudo el alcaide de Coín, y llegó a Alora, adonde ya por el escudero se sabía lo que passava, y fue de todos muy bien recebido.

El Abencerraje y su hija parecieron ante él con harta vergüença y le besaron las manos; él los recibió muy bien y les dixo:

—No se trate de cosas passadas. El rey me mandó hiziesse esto; yo os perdono el haveros casado sin que lo supiesse yo, que en lo demás, hija, vos escogistes mejor marido que yo os lo supiera dar.

Rodrigo de Narváez holgó mucho de ver lo que passava, y les hazía muchas fiestas y banquetes; un día, acabando de comer, les dixo:

—Yo tengo en tanto haver sido alguna parte para que este negocio esté en tan buen estado, que ninguna cosa me pudiera hazer más alegre; y assí digo que sola la honra de haveros tenido por mis prisioneros quiero por el rescate de esta prisión. Vos, Abindarráez, sois libre, y para ello tenéis licencia de iros donde os pluguiere, cada y cuando que quisiéredes.

Él se lo agradesció mucho, y assí se adereçaron para partir otro día; acompañándolos Rodrigo de Narváez, salieron de Alora y llegaron a Coín, donde se hizieron grandes fiestas y regozijos a los desposados. Las cuales fiestas passadas, tomándolos un día aparte el padre, les dixo estas palabras:

—Hijos, agora que sois señores de mi hazienda, y estáis en sossiego, razón es que cumpláis con lo que devéis al alcaide de Alora, que no por haver usado con vosotros de tanta virtud y gentileza, es razón pierda el derecho de vuestro rescate, antes se le deve, si bien se mira, muy mayor. Yo os quiero dar quatro mil doblas zaenes, embiádselas, y tenelde de aquí adelante, pues lo meresce, por amigo, aunque entre él y vosotros sean las leyes diferentes.

El Abencerraje se lo agradeció mucho, y tomándolas, las embió a Rodrigo de Narváez, metidas dentro de un mediano y rico cofre; y por no mostrarse de su parte corto y desagradescido, juntamente le embió seis muy hermosos y enjaezados cavallos, con seis adargas y lanças, cuyos hierros y recatones eran de fino oro. La hermosa Xarifa le escribió una muy dulce y amorosa carta agradesciéndole mucho lo que por ella y sus cosas había hecho; y no queriendo mostrarse menos liberal y agradescida que los demás, le embió una caja de aciprés muy olorosa, y dentro en ella mucha y muy preciosa ropa blanca para su persona. El alcaide valeroso tomó el presente y, agradesciéndolo mucho a quien se lo embiava, repartió luego los cavallos y adargas y lanças por los hidalgos que le acompañaron la noche de la escaramuça, tomando uno para sí, el que más le contentó, y

la caja de aciprés con lo que la hermosa Xarifa le había embiado, y bolviendo las quatro mil doblas al mensajero, le dixo:

–Dezid a la señora Xarifa que yo recibo las doblas en rescate de su marido, y a ella le sirvo con ellas para ayuda de los gastos de su boda, porque por sola su amistad trocaré todos los intereses del mundo; y que tenga esta casa por tan suya como lo es de su marido. El mensajero se bolvió a Coín, donde fue bien recebido, y muy loada la liberalidad del magnánimo capitán, cuyo linaje dura hasta ahora en Antequera, correspondiendo con magníficos hechos al origen donde proceden.

Acabada la historia, la sabia Felicia alabó mucho la gracia y buenas palabras con que la hermosa Felismena la había contado; y lo mismo hizieron las que estaban presentes, las cuales, tomando licencia de la sabia, se fueron a reposar.